

gura que se depositó en 1957 en la Cartuja de Santa María de la Defensión de Jerez de la Frontera, por disposición testamentaria del cardenal. También el uso del archivo de uno de los íntimos del cardenal, el carlista andaluz Manuel Fal Conde. Por supuesto, se utilizan con profusión otros archivos más conocidos como el de la embajada española ante la Santa Sede o el del Ministerio de Asuntos Exteriores.

El objeto del libro es biografiar al personaje. No es necesario explicar su importancia en la historia de España, a pesar de lo cual, hasta el momento, podemos decir que carecía de un análisis histórico en profundidad. En palabras del autor se ha buscado «una biografía que aclarase los principios intelectuales que conformaron su pensamiento y los trazos esenciales de su actuación. Y que se insertara en los jalones del discuir político y religioso nacional e internacional (...) tratando de responder a la pregunta de hasta qué punto Segura es arquetipo de eclesiástico tradicionalista» (p. 33).

La respuesta es: «...don Pedro Segura y Sáenz fue un arquetipo de la ideología cerrada que es el tradicionalismo. Pero su carácter y su actuación —en particular la de los últimos años en Sevilla— desborda con creces los parámetros normativos tradicionalistas» (p. 812). Este juicio, a priori duro, está sustentado en un estudio minucioso de su vida, de su pensamiento y de sus actuaciones. Especialmente, de su formación intelectual y personal en el seminario de Comillas. Las consecuencias de esta formación —la habitual en la época por otra parte—, no habrían pasado a mayores sino hubiera sido por los cargos de relevancia que ocupó, por las enfermedades que acentuaron su peculiar carácter y por la situación histórica, religiosa

y política, que le tocó vivir. Al final, y con toda la buena fe del mundo por su parte, se convirtió en un personaje incómodo y hasta cierto punto anacrónico, incluso para un estado confesional.

El libro se encuentra estructurado en doce capítulos. Los cuatro primeros discurren bajo la Monarquía y van desde el nacimiento de Pedro Segura hasta el inicio de la Segunda República (1880-1931): son los años de su formación humana, espiritual y episcopal hasta alcanzar, gracias a su amistad con Alfonso XIII, de un modo fulgurante, el Primado. Los dos capítulos siguientes recogen su estancia en Roma exiliado por la República y su regreso para ocuparse de la sede hispalense (1931-1937). Los seis capítulos restantes tratan sobre su regencia sevillana hasta su muerte acaecida en 1957, en que sus posturas sobre la unidad nacional y la moralidad religiosa van petrificándose hasta considerarse víctima de una conspiración como consecuencia del apartamiento del gobierno de su diócesis.

En resumen, un libro muy bien escrito con una sólida base documental y sobre un personaje hasta el momento poco estudiado a pesar de su trascendencia en la vida política, social y religiosa española. Además, esta obra no dejará indiferentes ni a los detractores del Cardenal ni a sus admiradores.

Santiago Casas

Luigi PADOVESE, *I sacerdoti dei primi secoli. Testimonianze dei Padri sui ministeri ordinati*, Ediz. Collegio S. Lorenzo da Brindisi, Laurentianum, Roma 2002, 378 pp., 17 x 24.

Se trata de una edición ampliada y revisada de la primera (Pieme Spa, Casale Monferrato 1992), que demuestra

la validez perenne de las enseñanzas patrísticas, en los aspectos fundamentales de la condición sacerdotal y su ministerio. Así lo señala Padovese, nombrado recientemente Vicario Apostólico de Anatolia, con la dignidad de Arzobispo.

En la introducción, prácticamente duplicada respecto a la primera edición, recuerda Padovese al Beato Juan XXIII, profesor de Patrología y de Elocuencia sagrada, primero en el seminario de Bérgamo y desde 1924 en el Pontificio Ateneo del Laterano. Más tarde, su actividad como Nuncio de Turquía aumentó su interés por Gregorio Nazianceno, Juan Crisóstomo y Gregorio Magno, que por un cierto tiempo fue embajador (*apocrisario*) del Papa en Constantinopla. Estos Padres tienen en común su preocupación por el ministerio sacerdotal. Lo recuerda el mismo Card. Roncalli cuando escribe: «Me gustaría hacer un resumen y publicar un libreto para uso y edificación de mis hermanos en el episcopado. Pero por desgracia estos proyectos se quedan en deseos» (p. 5). En otra intervención decía dicho Pontífice que «la Iglesia no es un museo de arqueología. Ella es la antigua fuente del pueblo que da agua también a las generaciones actuales, como la dio en el pasado» (p. 6). La Introducción aborda con sencillez diversos aspectos de la vida sacerdotal. Parte de la base de que en el ejercicio del ministerio, sea episcopal, presbiteral o diaconal, existen elementos variables, a la vez que constantes que trascienden cualquier coyuntura temporal. Esto es, «ser sacerdote para Otro y para otros, expresado mediante el empeño fundacional de altruismo, de dedicación, de consagración, de humildad, perdura a pesar de los cambios socioculturales en vigor» (p. 7).

Se refiere al fenómeno de la secularización que, en cita de P.L. Berger, es

«un proceso mediante el cual algunos sectores de la sociedad y de la cultura se sustraen a la autoridad de las instituciones y de los símbolos religiosos» (cfr. p. 8). De aquí se deriva un cierto pluralismo que relativiza y considera meras opiniones lo que, en realidad, es un principio indiscutible. Esta corriente merma la autoridad de la Iglesia y provoca la consiguiente crisis. Ello obliga a que la autoridad reconozca la necesaria coherencia en la vida del sacerdote, que ha de convencer más con su vida que con sus palabras. No sin razón se dice que, al carisma del oficio, hay que añadir el «superplus» del carisma personal (p. 9). Es verdad que sigue vigente el principio de la eficacia «ex opere operato» en diversas facetas del ministerio sacerdotal, pero también es evidente que hoy más que nunca es necesaria la coherencia de la vida con lo que se predica y se administra, siendo esto una de las características de la nueva evangelización, tan subrayada por Juan Pablo II en la *Tertio millennio ineunte*.

Analiza con valentía y perspicacia diversas manifestaciones de nuestro tiempo y su repercusión en la vida de los sacerdotes, al mismo tiempo que apunta soluciones o señala pistas para superar dichos obstáculos a la luz de la enseñanza patrística. Subraya con fuerza la originalidad del sacerdocio cristiano, en fuerte contraste con el sacerdocio levítico y más aún con el sacerdocio pagano. En la Iglesia el ejercicio sacerdotal ha sido siempre un servicio, reflejado en los diferentes nombres (obispos, presbíteros, diáconos) empleados para designar a quienes los realizaban. Se consideraba ante todo el oficio y nunca el posible beneficio (cfr. p. 15).

Termina con unas conclusiones de tipo práctico y acomodadas a la problemática actual. «Hoy, sobre todo, el de-

ber del pastor es mantener las convicciones sin disolverlas en una pura y simple relatividad, pero también sin encerrarse en las falacias absolutistas del fanatismo» (p. 41). Se pone así el dedo en la llaga del secularismo, desechando todo intento de mimetismo con el mundo, así como la falacia que encierra el creer que se está más cerca del hombre de nuestro tiempo, si se eliminan los gestos y símbolos que expresan lo trascendente y singular del mensaje evangélico.

A continuación presenta una acertada selección de textos sobre el ministerio sacerdotal, precedidos con una breve reseña de la biografía y obra del autor seleccionado. Comienza con San Clemente Romano y termina con San Gregorio Magno, es decir del s. I al s. VII. Un rico florilegio de casi cuarenta autores que conviene recordar por ser un testimonio estimulante y modélico para este tercer milenio un tanto turbulento.

Dentro del capítulo de las casi inevitables erratas, en las pp. 37-38 nos encontramos con repeticiones llamativas. Dado el interés de la cita origeniana repetida (*Hom. XIII sobre Ex 4*), se podría pensar que algún duende bienhechor anda por los entresijos de esta bendición y maldición de nuestro tiempo que es la informática. Un detalle que no merma valor a la obra.

Antonio García-Moreno

SAGRADA ESCRITURA

John BARTON, *¿Qué es la Biblia?*, Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao 2004, 212 pp., 16 x 24, ISBN 84-330-1859-0.

Este libro parte de una convicción que el autor quiere compartir con los

lectores: la Biblia es un libro —o un conjunto de libros— cuya lectura es, cuando menos, interesante e instructiva. Además, para los creyentes tiene autoridad: los libros de la Biblia revelan el mensaje que Dios quiere comunicar a los hombres. Sobre estos presupuestos, John Barton trata de responder a diversas preguntas que pueden suscitarse tras estas afirmaciones. Si la Biblia tiene autoridad, ¿dónde se fundamenta? Si es verdadera y contiene una instrucción, una enseñanza, para los hombres, ¿cuál es el ámbito de esa instrucción?, ¿cómo debe leerse cada uno de los libros que la componen para que su enseñanza sea relevante? ¿En qué sentido podemos entenderla como Palabra de Dios? El estudio procura responder a estas preguntas desde una perspectiva general, divulgativa, sin detenerse en un examen pormenorizado de cada cuestión. Sin embargo, que el examen no sea pormenorizado no quiere decir que sea superficial. El libro deja ver como Barton hace suyas las dificultades que un lector culto puede tener para leer la Biblia como texto autoritativo y después expone sus posiciones de una manera razonable. Es difícil que, al acabar la lectura, uno no se sienta decidido a volver con más atención hacia los textos de la Sagrada Escritura.

El volumen se estructura en diez capítulos. Los primeros examinan los factores de unidad y de diversidad en la Biblia: unidad de una historia y diversidad de géneros literarios, unidad de un mensaje y tensiones a la hora de exponerlo, unidad en un libro de lo que, por otra parte, podía ser más bien como una biblioteca. Dos capítulos más se dedican a exponer la Biblia en relación con la Historia, y con la actividad crítica. En estas páginas queda de manifiesto la sensibilidad del autor que